

LA SANGRE DE ROMA

SIMON SCARROW

LIBRO XVII DE
QUINTO LICINIO CATO

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa



LA SANGRE DE ROMA

SIMON SCARROW



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Blood of Rome*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Imagen de la cubierta: Nik Keevil/Arcángel

Primera edición: noviembre de 2019

Primera edición en e-book: mayo de 2020

© Simon Scarrow, 2018

© de la traducción: Ana Herrera, 2019

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4757-9

Producido en España

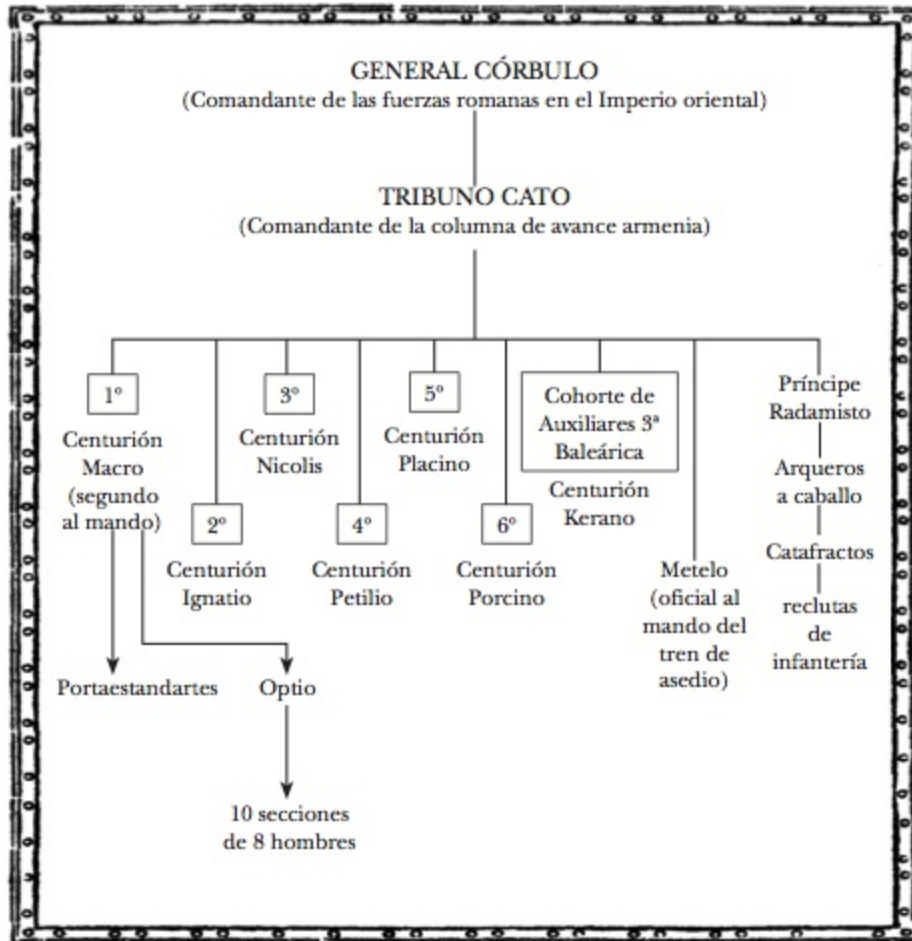
*Para los sargentos Coates y Hillary,
y todos los Macros de hoy en día.*

LA SANGRE DE ROMA

LA FRONTERA ENTRE ROMA Y PARTIA EN EL SIGLO I



CADENA DE MANDO DE LA GUARDIA PRETORIANA



Dramatis personae

Quinto Licinio Cato: tribuno al mando de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana.

Lucio Cornelio Macro: centurión sénior de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, un veterano curtido.

General Cneo Domicio Córbullo: comandante de los ejércitos del Imperio oriental recién nombrado.

Umidio Quadrato: gobernador de Siria.

Cayo Amato Pinto: cuestor del séquito del gobernador.

Guardia Pretoriana

Ignatio, Nicolis, Metelo, Petilio, Placino, Porcino: centuriones.

Marcelo, Ganico, Tercio: optios.

Centurión Espiraco Kerano: promovido por Cato para mandar a los honderos baleares.

Auxiliar Cayo Glabio: un hondero balear.

Tito Boreno: un legionario.

Partia

Rey Vologases: rey de Partia.

General Esporaces: general parto.

Abdagases: tesorero real.

Príncipe Vardanes: hijo mayor y favorito del rey Vologases, y heredero del trono parto.

Mitraxes: embajador armenio ante la corte parto.

Armenia

Radamisto: príncipe íbero y recientemente depuesto rey de Armenia.

Rey Tirídates: hermano del rey Vologases, recién nombrado por éste como nuevo rey de Armenia.

Arghalis: chambelán de la corte de Tirídates.

Narses: en el séquito de Radamisto, nombrado intérprete y oficial de enlace entre los íberos y los romanos.

Zenobia: esposa de Radamisto.

Bernisha: chica sirviente del séquito de Radamisto, de la que se apiada Cato.

Iberia

Rey Farasmanes: rey de Iberia, padre de Radamisto.

Otros

Lucio: hijo de Cato, bastante travieso...

Petronela: niñera de Lucio, una mujer que hay que tener en cuenta.

Yusef: orfebre y casero de Cato.

Granículo: intendente de la guarnición romana de Bactris.

CAPÍTULO UNO

Tesifonte, ciudad capital del Imperio parto, marzo, 55 d. C.

El sol poniente iluminaba la amplia franja del río Tigris de tal modo que brillaba como oro fundido contra el pálido naranja del cielo. El aire estaba tranquilo y frío, y las últimas nubes de la tormenta que había empapado la ciudad acababan de pasar hacia el sur, dejando un débil olor a hierro en la oscuridad creciente. Los siervos del palacio real corrían a sus deberes, preparando el pabellón junto al río para la reunión de aquella noche entre el rey y su consejo, con el fin de discutir la última amenaza de Roma contra Partia. Los apremiaban los gritos y golpes impacientes del chambelán, un hombre muy flaco, prematuramente canoso por la ansiedad de atender al irascible gobernador de un imperio que se extendía desde las orillas del Indus a las fronteras de la provincia romana de Siria. El rey Vologases deseaba revivir la grandeza de Partia, y no estaba dispuesto a tolerar que nadie se interpusiera en su destino, ni en lo más mínimo. Ni nobles rebeldes ni sirvientes torpes o ineficaces. El último chambelán que había tenido no consiguió que la comida servida en un banquete estuviese lo suficientemente caliente al llegar a la mesa real. Por eso fue azotado casi hasta morir, y luego arrojado a la calle. El actual chambelán estaba decidido a no seguir su ejemplo, y por tanto maldecía y pegaba a sus subordinados mientras éstos colocaban los divanes, amontonaban combustible para los braseros y colgaban unas pantallas de tela gruesas y bordadas en tres lados del pabellón. El cuarto lado se dejaba abierto para que el rey y sus invitados disfrutaran de la vista del río, mientras el

sol desaparecía detrás del horizonte y salían las estrellas, que temblaban reflejadas en las oscuras aguas.

Cuando hubieron colocado con todo esmero los últimos cojines de seda, los siervos se apartaron a un lado del espacio cerrado y esperaron a que el chambelán supervisara su trabajo, y se inclinara para hacer algunos pequeños retoques, hasta que estuvo seguro de que su amo no podía tener queja alguna de nada. No es que Vologases fuera muy inclinado a inspeccionar muy de cerca todos los pequeños detalles del lujo en el que estaba acostumbrado a vivir, pero aun así, reflexionaba el chambelán, es mejor ser escrupuloso que correr el menor riesgo de incurrir en la ira del rey. Habiendo completado su inspección, dio unas fuertes palmadas.

–¡Fuera, perros! Traed la fruta y el vino.

Los siervos empezaron a alejarse al trote y él se volvió a su ayudante.

–Y, tú, dile al cocinero mayor que tenga la comida lista para servirla en el instante en que yo dé la orden.

Su ayudante, un hombre más joven y corpulento que sin duda aspiraba a reemplazarlo, asintió y se fue corriendo. El chambelán echó otra mirada a las disposiciones de su personal, y luego se quedó de pie frente al estrado del rey y achicó los ojos, inspeccionando minuciosamente el gran diván, los cojines y las cubiertas. Se inclinó hacia delante para alisar una arruga de la tela, tras lo que se enderezó de nuevo y cruzó los brazos, satisfecho. Después esbozó una sonrisa, algo muy poco característico de él, y miró a su alrededor con recelo. Pero estaba solo. Era uno de los raros momentos de tranquilidad de su vida, consumida como estaba por los mil y un deberes de su cargo. El interludio sería breve, porque enseguida los sirvientes volverían con la fruta y el vino, junto con el catador real, que probaría todos y cada uno de los recipientes y jarras a instancias del chambelán, para asegurarse de que el rey Vologases pudiera comer y beber con total seguridad. Aunque Partia era vasta y resistente, los gobernadores del Imperio eran menos duraderos, y caían regularmente víctimas de las conspiraciones de nobles poderosos o de las ambiciones de algunos miembros de la familia real.

El chambelán respiró hondo, sonrió ante el diván real y notó unas ganas casi irresistibles de lanzarse hacia delante y dejarse caer encima de los cojines de seda, ahora que no lo veía nadie. Habría sido un acto momentáneo, y nadie lo habría sabido jamás. El corazón se le aceleró ante la perspectiva de una ruptura del protocolo tan extraordinaria, y durante unos segundos dudó, al borde de la tentación. Pero luego se retiró y se cubrió la boca, horrorizado al pensar en lo que podría pasarle si el rey descubría alguna vez lo que había hecho. Aunque el chambelán estaba solo, el miedo a su amo gobernaba su corazón, y le daba pavor su locura pasajera. Con un respingo nervioso corrió a las escaleras que conducían a los jardines, a ambos lados del camino, y que se extendían hacia el palacio. El primer sirviente volvía ya, cargado con una gran bandeja de plata con higos, dátiles y otros exquisitos frutos.

–¡Corre, perro inútil! –soltó el chambelán, y el hombre se puso a trotar, luchando por no estropear lo que llevaba en la bandeja.

El chambelán arrojó una última mirada al escenario y ofreció una rápida plegaria a Mitra para que su amo no encontrara nada en todo aquello que le disgustara.

* * *

Cuando el rey y su pequeño séquito salieron del palacio, el sol se había deslizado por debajo del horizonte y una franja de cielo color bronce se extendía a través del paisaje sombreado al otro lado del río. Por encima, el bronce dejaba paso al violeta y al terciopelo oscuro de la noche, donde las primeras estrellas resplandecían como pequeñas motitas de plata. Un grupo de guardaespaldas marchaban delante, armados con lanzas y con sus pantalones amplios y muy bordados metidos en la caña de sus botas de cuero. Las corazas de escamas y los cascos cónicos brillaban a la luz de las antorchas y los braseros que ardían a cada lado del camino. Pero su aspecto era como el del metal más sencillo ante el oro puro comparado con la magnificencia de su señor. Vologases era un hombre alto, bien formado, con la frente amplia y la mandíbula cuadrada, que lo parecía mucho más por la barba oscura

y meticulosamente recortada. Tenía igualmente los ojos oscuros, como de ébano pulido, cosa que prestaba a su mirada una intensidad formidable. Sin embargo, parecía que en su expresión también se apreciaba el humor. Sus labios se levantaban un poco en las comisuras, de modo que sonreía al hablar con su voz profunda y cálida. Efectivamente, era capaz de mostrar ingenio y amabilidad, junto con sabiduría y ambición, y sus soldados y su gente lo contemplaban con un afecto lleno de lealtad. Pero aquellos que lo conocían muy bien desconfiaban de sus volubles cambios de humor, sonreían cuando él lo hacía y se quedaban quietos, en rígido y temeroso silencio, cuando él se enfurecía.

Aquella noche estaba de un humor sombrío. Habían llegado noticias a la capital parta de que el emperador Claudio había muerto, asesinado, y de que lo había sucedido su hijo adoptivo, Nerón. La cuestión para Vologases era cómo podía afectar el cambio de reinado a las tensas relaciones entre Partia y Roma, un vínculo que se había ido agriando en años recientes. La causa, como siempre, era el destino de Armenia, ese desventurado reino fronterizo atrapado entre las ambiciones de Roma y las de Partia. Unos cuatro años antes, un pretendiente al trono de Armenia, el príncipe Radamisto, del vecino reino de Iberia, había invadido Armenia, matado al rey y a su familia, y se había instalado él mismo como nuevo gobernante. Radamisto resultó tan cruel como ambicioso, y los armenios apelaron a Vologases para que los salvara del tirano. De modo que éste dirigió su ejército contra Radamisto, que huyó de la capital, y colocó a su hermano Tirídates en el trono. Era una provocación, y Vologases lo sabía, porque Roma consideraba a Armenia dentro de la esfera de poder romana desde hacía cien años. Los romanos no contemplarían favorablemente la intervención de Partia.

El chambelán, que había estado esperando a la entrada, se inclinó doblándose por la cintura cuando el grupo subió los escalones hasta el pabellón. Los guardaespaldas ocuparon sus lugares fuera, excepto los dos hombres de mayor tamaño, que se colocaron a cada lado del estrado del rey. Vologases se sentó en el diván y se instaló cómodamente, y luego hizo gestos a los miembros de su alto consejo.

–Sentaos.

En un entorno formal, sus invitados habrían permanecido de pie ante su señor, pero Vologases había elegido deliberadamente el pabellón y dejado a un lado el protocolo de la corte para animar a sus subordinados a hablar libremente. En cuanto estuvieron sentados en los divanes, el rey se inclinó hacia delante, cogió un higo de la bandeja y le dio un bocado; después concedió permiso a los demás para que comieran, si lo deseaban.

Vologases arrojó el fruto a medio comer en la bandeja y miró a sus invitados: Esporaces, su mejor general; Abdagases, el tesorero real, y el príncipe Vardanes, hijo mayor del rey y heredero al trono parto. Un embajador de Tirídates completaba la reunión, un hombre más joven, más o menos de la misma edad del príncipe, de nombre Mitraxes.

–Tenemos poco tiempo que perder, amigos míos –anunció Vologases–, así que me perdonaréis si dejo de lado las trivialidades. Todos habéis oído las noticias de Roma: tenemos un nuevo emperador al que debemos enfrentarnos, Nerón.

–¿Nerón? –Esporaces meneó la cabeza–. Lo siento, pero no recuerdo ese nombre, señor.

–No me sorprende. Fue adoptado hace sólo unos años. Hijo de la última esposa del emperador Claudio, de un matrimonio anterior.

–La misma esposa que resulta que es la sobrina de Claudio –añadió Vardanes, secamente. Chasqueó la lengua y levantó una ceja–. Vaya con esos romanos... Qué decadentes son; es realmente escandaloso.

Los otros sonrieron ante aquel comentario.

–¿Y qué sabemos de ese Nerón? –continuó Esporaces. El general era un veterano que tenía poco tiempo para bromas, una característica que iba muy bien con sus rasgos esbeltos, casi demacrados. La mayor parte de las personas de la corte tenían en escasa consideración sus modales aburridos, pero Vologases conocía su valor como soldado y apreciaba su talento. Además, como hijo de un mercenario griego y una puta de Seleucia, Esporaces era despreciado por los grandes nobles de Partia y, por tanto, no suponía amenaza alguna para Vologases.

El rey hizo una seña a Abdagases, que manejaba la red de espías que usaba Partia para recoger información sobre todo tipo de hechos en el Imperio romano.

–Ya has leído el informe completo. Díselo.

–Sí, majestad. –Abdagases se aclaró la garganta–. En primer lugar, es muy joven. Sólo tiene dieciséis años. Apenas un muchacho.

–Quizás –Esporaces inclinó un poco la cabeza–, pero Augusto sólo tenía dieciocho años cuando se propuso destruir a sus adversarios, y se convirtió en el primer emperador de Roma.

–Nerón no es Augusto –repuso el tesorero, lacónico–. Quizá se convierta en algo semejante, pero la posibilidad es remota, según nuestros agentes en Roma. El nuevo emperador cree que es una especie de artista. Un músico. Un poeta... Se rodea de actores, músicos y filósofos. Tiene ambiciones de convertir Roma en una especie de faro para todo ese tipo de gente, en lugar de dedicar su mente a temas más marciales.

–¿Un artista? ¿Un músico? –Esporaces meneó la cabeza–. Pero ¿qué tipo de maldito emperador es ése?

–Uno que servirá bien a nuestros intereses, confío –dijo Vologases–. Esperemos que el joven Nerón siga centrando sus esfuerzos en el arte, y no le distraigan los acontecimientos en Armenia.

Abdagases asintió.

–Sí, majestad. Podemos esperar eso, pero sería mucho más sabio no dejarse guiar por la simple esperanza. Puede que Nerón no tenga ni idea, pero sería una tontería despreciarlo de entrada. Está rodeado de consejeros, muchos de los cuales tienen la inteligencia y la experiencia suficientes para causarnos problemas. Y en gran medida se debe a que sufren la enfermedad romana.

–¿La enfermedad romana? –Vardanes levantó una ceja, cogió un segundo higo y le dio un gran bocado. Sus mandíbulas masticaron despreocupadamente, e intentó continuar hablando con la boca llena–. ¿Qué... enfermedad... es ésa?

–Es un término que usamos algunos en la corte real para referirnos a esos romanos obsesionados con la persecución de la gloria y con un

sentido del honor absolutamente inflexible. Ningún noble romano que tenga una cierta posición deja pasar nunca la oportunidad de conseguir laureles para su familia. Al coste que sea. Por eso Craso intentó invadir Partia y se metió en tantos problemas. Y Marco Antonio tras él. Es una lástima que parezcan medirse a sí mismos por intentar sobrepasar los logros de sus antepasados, y que estén obligados a tener éxito allí donde otros han fracasado. –Abdagases hizo una pausa momentánea–. Parece que las derrotas de Craso y Antonio sólo han servido para inspirar a los romanos y contemplar Partia como un desafío que hay que superar. Si fueran razonables, habrían aprendido y tomado ejemplo del fracaso, pero el honor aristocrático de los romanos supera casi siempre su razonamiento. Augusto fue tan astuto que se dio cuenta de que podía ganar más con la diplomacia que con acciones militares en sus tratos con Partia, y sus herederos han seguido su ejemplo en lo fundamental. Aunque eso signifique frustrar a los senadores, instándonos a que nos declaren la guerra. La cuestión es: ¿será capaz este nuevo emperador de resistirse a los halagos de sus consejeros y al Senado?

–Así lo espero, sinceramente –respondió Vologases–. Partia no se puede permitir el riesgo de entablar una guerra con Roma mientras tengamos enemigos que amenazan con causarnos problemas en otros frentes.

Vardanes suspiró.

–¿Hablas de los hircanianos, padre?

Vardanes era el hijo favorito del rey. Tenía valor, inteligencia y carisma, cualidades muy útiles en un heredero, pero también contaba con ambición, y ése era un atributo que había que temer tanto como admirar, sobre todo en Partia. La expresión del rey se oscureció.

–Sí, los hircanianos. Parece que desapruaban el aumento de tributos que les he pedido.

Vardanes sonrió.

–No es ninguna sorpresa. Y no ayuda nada, en un tiempo en que hemos provocado a nuestros súbditos griegos forzándolos a dejar a un lado su lengua y sus tradiciones para abrazar las nuestras, aunque el griego sea la lengua común de todo el mundo oriental. Y luego está el

conflicto en aumento con Roma, por causa de Armenia. –Bebió un poco de vino–. Temo que estamos siendo demasiado ambiciosos, particularmente con respecto a Armenia. Roma y Partia son como dos perros luchando por un hueso.

El tesorero tosió educadamente al interrumpirlo.

–Vuestra Alteza simplifica demasiado el asunto. El hueso resulta que somos nosotros, y los intrusos romanos no tienen derecho alguno de intentar apoderarse de él. La mayor parte de los nobles de Armenia comparten nuestra sangre. Armenia juró lealtad al Imperio parto siglos antes de que Roma volviera su mirada hacia el este.

–Creo que todos estamos de acuerdo en que Roma no tiene ningún derecho sobre Armenia. Sin embargo, Roma sigue reclamándola y, si llegamos a una guerra, se apoderará de ella. Ya he oído hablar mucho del poder de las legiones romanas. No podemos vencerlas.

–No en una batalla plena, príncipe. Pero, si podemos evitar un enfrentamiento directo, nuestras fuerzas pueden irlos desgastando, debilitarlos y después, cuando llegue el momento adecuado, desgarrarlos a pedazos. Igual que los perros de caza matan a los osos de la montaña. ¿No es así, general? –Abdagases se volvió a Esporaces, para que lo apoyara.

El general pensó un momento y luego respondió:

–Partia ha derrotado a los romanos en el pasado. Cuando irrumpían en nuestras tierras sin conocer adecuadamente el terreno que pisaban, o no tenían los suministros adecuados para mantenerse. Iban marchando muy despacio, incluso sin tren de asedio; por el contrario, nuestras fuerzas pueden cubrir el terreno con mucha mayor rapidez, sobre todo los arqueros a caballo y los catafractos. Podemos permitirnos cambiar tierra por tiempo, para que tengan que agotar sus recursos y fuerzas. Pero eso sólo será cierto si nos hacen la guerra a través de los ríos y desiertos de Mesopotamia. Armenia es distinta. El terreno montañoso favorece a la infantería de Roma en lugar de a nuestra caballería. Temo que el príncipe Vardanes tenga razón: si Roma quiere tomar Armenia, lo conseguirá.

–¡Eso es! –Vardanes chasqueó los dedos–. Te lo dije.

–Sin embargo –continuó Esporaces–, para poder conquistar Armenia, Roma se vería obligada a concentrar sus fuerzas. Sus soldados son los mejores del mundo, eso es cierto, pero no pueden estar en dos sitios a la vez. Si marchan hacia Armenia, dejarán expuesta Siria. No para conquistarla. Carecemos de las fuerzas para conseguirlo. Partia nunca será lo bastante fuerte para destruir a Roma, y Roma nunca tendrá hombres suficientes para conquistar y ocupar Partia. Y así es como ha sido y será siempre, mi príncipe. Un conflicto que ninguno de los dos bandos puede ganar. Por tanto, la única respuesta es la paz.

–¡Paz! –bufó Vologases–. Hemos intentado hacer las paces con Roma. Hemos respetado todos los tratados que hemos firmado con ellos, pero al final los han roto mucho más que nosotros, esos malditos romanos.

La frente de Vologases se arrugó, llena de frustración, mientras pensaba un momento.

–Y por ese motivo debemos estar seguros de que decidimos con sabiduría cómo manejar la situación en Armenia.

Se volvió hacia el embajador enviado por su hermano.

–Mitraxes, todavía no has dicho nada. ¿No tienes ninguna opinión sobre el nuevo emperador de Roma y sus intenciones hacia Armenia?

Mitraxes se encogió de hombros despreocupadamente.

–Apenas importa cuál sea mi opinión, majestad. Yo soy un noble armenio, descendiente de un largo linaje de hombres, ninguno de los cuales ha vivido para ver nuestra tierra libre de la influencia de Partia o de Roma. Nuestros reyes tienen la costumbre de dejarse derrocar o asesinar. Tu hermano apenas lleva dos años en el trono; no es peor que algunos que han gobernado Armenia antes, y...

–Elige tus palabras cuidadosamente cuando hables de mi hermano –le advirtió Vologases.

–Majestad, me enviaron para informar sobre la situación en Armenia, y me has pedido mi opinión. Creo que es mejor que te hable con total sinceridad.

El rey lo miró fijamente, y notó que el armenio no se encogía ante su mirada.

–¿Valor y también integridad? ¿Son todos los nobles armenios como tú?

–Tristemente, no, majestad. Y ése es el problema que acucia a tu hermano. Como he dicho, no es peor que otros gobernantes, y sí mejor que muchos. Sin embargo, se ha visto obligado a mandar con mano firme para establecer su autoridad sobre su nuevo reino.

–¿Cómo de firme?

–Algunos nobles favorecen a Roma, majestad. Algunos están resentidos porque se les ha impuesto un extranjero. El rey Tirídates determinó que había que dar alguna que otra lección, para desanimar tales deslealtades. Lamentablemente, fue necesario desterrar a algunos y ejecutar a otros. Esto ha tenido el efecto de sofocar gran parte del descontento.

–Ya me lo imagino –sonrió Vardanes–, pero me atrevería a decir que quizás algunos se han sentido inclinados a sentirse un poco más descontentos aún...

–Pues así es, alteza. Sin embargo, el rey Tirídates sigue en su trono, en Artaxata. Sus enemigos están acobardados, de momento, aunque estoy seguro de que pronto buscarán ayuda para desestabilizar al rey. Si no lo han hecho ya... –Mitraxes volvió su mirada a Vologases–. Por tanto, tu hermano pide que le envíes un ejército para asegurar su control sobre Armenia. Los hombres suficientes para derrotar a cualquier noble que conspire contra él, y para disuadir a los romanos de que invadan sus tierras.

–¿Un ejército? ¿Eso es todo lo que me pide? –se burló el rey de Partia–. ¿Y mi hermano cree acaso que puedo sacar ejércitos del aire? Yo necesito a todos mis soldados aquí, en Partia, para enfrentarme a las amenazas que ya tengo.

–No pide un ejército enorme, majestad, sólo una fuerza lo bastante grande para desanimar cualquier intento de destronarlo.

–Los rebeldes armenios son una cosa, y los romanos otra muy distinta. No creo que se desanimen con una fuerza cualquiera que yo pueda enviar a Armenia.

Mitraxes sacudió la cabeza.

–No estoy tan seguro, majestad. Nuestros espías en Siria nos informan de que las legiones romanas están muy mal preparadas para la guerra allí. No tienen apenas fuerzas ni equipos. Han pasado muchos años desde la última vez que combatieron. Dudo de que constituyan una grave amenaza para el rey Tirídates.

Vologases se volvió a su general.

–¿Es eso cierto?

Esporaces pensó un momento y luego contestó.

–Eso mismo hemos sabido por nuestros espías, majestad. Pero si los romanos deciden intervenir, llevarán más legiones a Siria y se asegurarán de enviar reclutas nuevos para las legiones ya existentes. Por supuesto, tendrán que entrenarlos. Tendrán que almacenar suministros, reparar carreteras, reunir trenes de asedio... Costará tiempo preparar una campaña. Años quizá. Pero en cuanto los romanos hayan decidido actuar, nada los detendrá. Así es como actúan. –Hizo una pausa breve para dejar que los demás pensarán en sus palabras, y luego continuó–: Mi consejo sería no provocar más a nuestro enemigo. Roma ya se siente furiosa por haber colocado a Tirídates en el trono, pero todavía no ha decidido si ir a la guerra o no. Si enviamos tropas para ayudar a tu hermano, eso puede inclinar a los romanos hacia la acción. Además, aún no sabemos de qué está hecho ese nuevo emperador, Nerón; puede inclinarse en cualquier sentido. Así que no le dejemos al partido de la guerra de Roma ninguna oportunidad de persuadirlo para que luche. Por el contrario, sugiero que lo halaguemos con palabras cálidas de amistad y lo felicitemos por haber sido nombrado emperador. Si se cuestionan nuestros actos en Armenia, dile que nos hemos visto obligados a reemplazar a un tirano y que no tenemos interés en ninguna otra tierra que haga frontera con el territorio de Roma. –Agachó la cabeza como conclusión–. Ése es mi humilde consejo, majestad.

Vologases se reclinó en los cojines y juntó las manos, pensando todo lo que había oído decir a sus consejeros. Era cierto que el orgullo de Roma no aguantaría muchos más pinchazos. Sin embargo, no podía arriesgarse a enviar hombres a apoyar a su hermano mientras se enfrentaba a una posible rebelión en Hircania; de ninguna manera.

–Parece que estoy obligado a esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. La elección de qué hacer recae en el emperador Nerón. Él decidirá si tenemos paz... o guerra.

CAPÍTULO DOS

Tarso, capital de la provincia oriental romana de Cilicia, dos meses más tarde

–Habr  guerra –anunció el centurión Macro al entrar en el alojamiento de su oficial al mando. Se quitó el manto y lo dejó en un baúl, junto a la puerta. Había vuelto de la inspección matutina de las tropas que custodiaban la casa del comerciante de sedas donde se alojaba el general Córbulo.

–  Guerra? –Cato levantó la vista desde el suelo, donde estaba con su hijo, Lucio. El niño estaba jugando con unos soldados de juguete de madera, tallados por algunos de los legionarios a los que mandaba su padre como regalo para el niño. La Segunda Cohorte pretoriana había sido enviada desde Roma para servir como guardia personal del general Córbulo y su estado mayor. Cato estaba empezando a acostumbrarse a que se dirigieran a él con su rango oficial de tribuno, porque los hombres y oficiales previamente recurrían a él como prefecto, el rango bajo el cual había ganado tanto renombre en años recientes. Pero el general Córbulo era muy estricto en cuestiones de protocolo, así que tenía que ser tribuno Cato. Durante el largo viaje desde Brundisio, los hombres habían llegado a considerar a Lucio como una mascota, y lo mimaban a la menor oportunidad que tenían. Cato alborot  suavemente el fino cabello oscuro de su hijo y se incorpor .

–  Dónde has oído eso?

–Es una proclama imperial. Un mensajero enviado desde Roma la estaba leyendo en el foro, hace un momento. Parece que el chico, Nerón, ha agarrado el toro por los cuernos, y ha decidido clav rselos a

los partos y retomar Armenia. –Macro hinchó las mejillas–. Así que tendremos guerra.

Ambos hombres se quedaron callados un momento pensando en las implicaciones de aquella noticia. No era una sorpresa tan grande como la decisión de enviar al general para que mandara los ejércitos del Imperio oriental unos meses antes. Aun así, pensó Cato, Roma a menudo había conseguido salirse con la suya en el pasado simplemente amenazando con usar la fuerza, tal era el terror con el que contemplaban al Imperio la mayoría de los reinos que tenían la desgracia de encontrarse con sus legiones en el campo de batalla. Quizás el emperador y sus consejeros esperasen que enviar a un oficial de la importancia de Córbulos bastara para convencer a Partia de que abandonase sus ambiciones de restituir a Armenia a su imperio. Parecía que el farol de Nerón había sido igualado. O que el emperador estaba convencido de que nada excepto que la guerra satisfaría las necesidades de establecer su reinado allí con firmeza. No había nada que gustara más al pueblo romano que la noticia de otra batalla perseguida con éxito.

–Bueno, una cosa sí que es cierta –dijo Macro–: no estaremos preparados para ir a Partia hasta dentro de un tiempo, hasta que el general haya conseguido suficientes hombres y suministros. Podría costar meses...

–Yo había pensado en un año, como muy pronto –respondió Cato–. Y ese tiempo los partos no lo desperdiciarán. Estarán preparados para enfrentarse a nosotros mucho antes de que Córbulos cruce la frontera.

Macro se encogió de hombros.

–Que se preparen todo lo que quieran; no supondrá una gran diferencia. Ya sabes cómo son esos orientales, muchacho: un puñado de mariquitas que se pavonean por ahí con vestiduras de seda. Ya nos hemos enfrentado antes a ellos y les hemos dado una buena tunda.

–Cierto –concedió Cato–, pero la próxima vez puede ser precisamente lo contrario. No te olvides de que Craso perdió gran parte de cinco legiones en Carras. Roma no puede permitirse repetir semejante desastre.

–Córbulo no es Craso. El general lleva luchando en el Rin gran parte de su carrera, y el enemigo no será más duro que esos cabrones de Germania. Si los partos tienen algo de sentido común, se ablandarán tan rápido como un espárrago hervido. –Macro cruzó la sala y metió la cabeza en la siguiente habitación. Los postigos estaban cerrados y el interior estaba oscuro, pero pudo distinguir fácilmente a la mujer que yacía de lado en el gran diván que había dentro.

–Ah, me preguntaba dónde estarías, amor mío.

Ella se removió y dejó escapar un gemido, y luego se subió más las mantas, hasta los hombros.

–Deja dormir a la pobre mujer. –Cato lo apartó de la puerta–. Petronela ha estado levantada casi toda la noche con el niño, tenía dolor de muelas.

–¿Y por qué él está despierto ahora y ella dormida? –Macro guiñó un ojo–. Creo que a mi mujer le pasa algo raro, Cato. Es una vaga, no me equivoco.

–Ven aquí y dime eso si te atreves –gruñó la niñera de Lucio–. Si quieres que te hinche la oreja...

Macro se echó a reír.

–¡Así es mi amor! Siempre dispuesta para una buena pelea...

Se dio la vuelta, suavemente cerró la puerta y luego se dirigió hacia la mesa, donde todavía se encontraban los restos del desayuno: un poco de pan, queso, miel y una jarra de vino especiado que tanto gustaba a la gente de la localidad. Macro cogió la jarra, le dio un meneo, para ver si estaba llena, y sonrió feliz al notar que el líquido se agitaba dentro. Se sirvió un vaso, hizo una pausa y miró a su amigo.

–¿Quieres un poco?

–¿Por qué no? La verdad es que no tenemos nada que hacer aquí, aparte de emborracharnos hasta que Quadrato llegue a la ciudad.

Macro meneó la cabeza.

–Me parece que esa reunión no irá demasiado bien...

Cato asintió. Umidio Quadrato era el gobernador de Siria, uno de los puestos más prestigiosos para cualquier senador, al menos hasta que Córbulo llegó a la región con autoridad del emperador para utilizar

todos los recursos, civiles y militares, de las provincias que rodeaban Partia. El general había enviado un mensaje antes de su llegada convocando a Quadrato a Tarso para hablar de los arreglos para la inminente campaña. Cato ya se imaginaba cómo reaccionaría el gobernador cuando Córbullo le requisara la mayoría de sus soldados, equipo y suministros. También estaba el asunto de ordenar a los provincianos que soltaran más impuestos todavía para pagar las reparaciones de las carreteras de la región, así como que proporcionaran animales de tiro y carretas para el tren de bagaje y monturas para las unidades de la caballería. Quadrato iba a verse abrumado a protestas por parte de magistrados furiosos que asegurarían que no podían permitirse tales imposiciones. Aunque es verdad que estas quejas no tendrían ningún efecto: era deber de las provincias del Imperio pagar los gastos cuando el ejército se preparaba para la campaña en su región, y no se podía evadir tal obligación, a menos que los implicados quisieran enfrentarse a la ira del emperador cuando llegase a Roma la noticia de su mezquindad.

—Quadrato no se va a poner muy contento —aseguró Cato—, pero es la cadena de mando y no tendrá nada que decir al respecto. Además, Córbullo no es de ese tipo de hombres que aceptan un no por respuesta.

Intercambiaron una sonrisa divertida. En el curso del viaje desde Roma habían llegado a conocer bien al general y sabían perfectamente cuál era su tipo. Córbullo era un soldado de carrera, un aristócrata a quien le gustaba la vida militar y con talento para ella. Así que, después de servir como tribuno, se quedó con las legiones, en lugar de volver a Roma a sumergirse en el mundo de la política. Una de las pocas virtudes de la carrera de la aristocracia romana, pensó Cato, era que permitía descartar a aquellos que tenían un potencial militar limitado, mientras que hacía posible que los que brillaban se quedasen en el ejército. Córbullo era un general muy disciplinado. A menudo compartía las raciones y las penalidades de los soldados. Cuando dormían al raso, él también lo hacía. En batalla, una vez los soldados se habían colocado y había dado sus órdenes, los dirigía desde la vanguardia. Presionaba mucho a sus hombres, pero se presionaba a sí

mismo más aún. Con eso se había ganado el respeto de los soldados, y hasta su afecto, aun a regañadientes. Eso lo sabían Macro y Cato por el puñado de oficiales del estado mayor que Córbullo había elegido llevarse consigo desde la frontera del Rin. Los dos amigos habían servido ya con suficientes comandantes mediocres para felicitarse por haber sido asignados al general.

Había otros motivos para estar agradecidos por poder alejarse de Roma. Un nuevo emperador significaba cambios, y aquellos que habían disfrutado del favor de Claudio ahora se enfrentaban a un futuro incierto. Habría hombres nuevos nombrados para puestos de poder, y se tendrían que saldar algunas deudas. Siempre se encontraban sumidos en el pozo hirviente de la política romana. Inevitablemente, hombres poderosos serían acusados de crímenes cometidos bajo el régimen anterior y eliminados discretamente, y sus propiedades acabarían divididas entre los informadores y el tesoro imperial. La inocencia era irrelevante cuando los informadores y abogados olían la sangre y, lo más importante, el dinero.

Cato no tenía deseo alguno de verse involucrado en tales temas, especialmente cuando lo habían recompensado con las propiedades de su suegro, tras haber sido tan imprudente como para formar parte de una conspiración para derrocar a Nerón los primeros días de su reinado. Los amigos supervivientes del senador Sempronio no mantenían en secreto sus sentimientos ante el origen de la riqueza reciente de Cato, y él sabía que si había hecho fortuna era al precio de crearse enemigos que intentarían perjudicarlo en cuanto creyeran que había llegado el momento oportuno. Así que se sintió muy feliz de incorporarse al séquito del general y viajar hacia la frontera oriental. Además, había decidido llevarse a su hijo y a la niñera del chiquillo, en lugar de dejarlos como rehenes de la fortuna en Roma, una decisión que encantó al centurión Macro, que mantenía una relación con Petronela, una mujer que podía seguirle el juego a la hora de beber y cuyos puñetazos serían la envidia de cualquier veterano curtido de las legiones.

Así que ahí estaban los cuatro, en unas habitaciones alquiladas en el hogar de un platero judío en una calle junto al foro de Tarso. Llevaban ya un mes allí, sin rastro de Quadrato, y aunque la ciudad de Tarso era bastante agradable, la gente pronto se cansó de la novedad de tener a un general romano y una cohorte de pretorianos como residentes. Y todavía estaban más cansados de las borracheras y los escándalos de los soldados de permiso. En el curso normal de los acontecimientos, Cato habría estado quejándose de la forzosa inacción, pero, gracias al retraso, podía pasar más tiempo con su hijo, de lo que estaba muy agradecido. Igual que Macro estaba contento por la posibilidad de disfrutar de los amplios encantos de Petronela.

Macro sirvió dos copas de vino, una para cada uno, se sentó en uno de los taburetes que había a los lados de la mesa y miró hacia el pequeño y cuidado jardín de la casa del platero. Una fuentecita salpicaba en un estanque en el centro del jardín, y en torno a ella se encontraban dispuestos una serie de divanes sombreados por celosías. A Cato le recordaba el jardín de su casa en Roma, y se preguntó cuándo volvería a verlo.

—Esta guerra con Partia... —dijo Macro—. ¿Cuánto crees que nos costará darle una buena paliza a Vologases?

—Depende de Córbullo. Si lo hace bien, procurará que pongamos a nuestro hombre en el trono de Armenia y se quedará satisfecho con eso. Si quiere gloria, además, ¿quién sabe? Podemos acabar marchando por los mismos pasos que Craso, y eso no sería demasiado afortunado. De todos modos, es casi seguro que entraremos en combate. Nerón no se quedará satisfecho a menos que haya una gran victoria que celebrar en Roma.

Macro asintió y luego señaló a Lucio. El niño estaba sentado con las piernas extendidas y con un soldado de madera en cada mano, y murmurada en tono bajo y emocionado mientras los hacía chocar el uno con el otro y simulaba un combate.

—¿Y ellos? ¿Lucio y Petronela? ¿Qué les ocurrirá cuando empiece la campaña?

–Se pueden quedar aquí. Me aseguraré de que nuestro casero, Yusef, recibe un pago suficiente por adelantado para que lo satisfaga. Es un hombre bastante decente. Estoy seguro de que los cuidará cuando nosotros nos vayamos. Y los mantendrá a salvo hasta que volvamos... Si es que volvemos. –Cato se alegró de haber dejado su testamento a un abogado en Roma antes de partir. Al menos el futuro de Lucio estaba asegurado, aunque el suyo propio no lo estuviera.

–¿Cómo que «si...»? –Macro negó con la cabeza–. Para ti la jarra siempre está medio vacía... Y hablando de eso –volvió a llenar los vasos–: no nos pasará nada. En cuanto les hayamos dado para el pelo a esos partos, nos devolverán Armenia encantados y retornarán al desierto o adonde quiera que vengan.

Cato puso una expresión compungida.

–Es esa falta de inteligencia lo que me preocupa, y lo que debería preocupar al general.

Macro le dirigió una mirada tétrica, y Cato negó con la cabeza.

–Estoy hablando de inteligencia militar, no de tu inteligencia.

–Vale, hombre.

–No sabemos demasiado del terreno en la otra orilla del Éufrates –continuó Cato–. ¿Por dónde se puede cruzar el río? ¿Dónde están los ríos, por cierto? Y los senderos de montaña, fortificaciones, ciudades, pueblos, y así sucesivamente. No tenemos ni idea de las fuerzas con las que cuenta el enemigo, ni de sus intenciones o la disposición de esas fuerzas. Necesitaremos guías que dirijan a esos ejércitos por las rutas más seguras, pero ¿cómo podremos estar seguros de si podemos confiar en ellos? Fue la traición de los guías lo que llevó a Craso al desastre. –Cato dio un sorbo y pensó un momento–: Fui a la biblioteca imperial antes de que saliéramos de Roma, a ver qué referencias podía encontrar de Partia y Armenia.

–Ah, sí, libros. Puedes resolver cualquier problema leyendo libros –dijo Macro, irónicamente–. Seguro que hay alguna respuesta ahí, en alguna parte.

–Ríete todo lo que quieras, pero encontré información útil. No mucha, eso es cierto. Había un itinerario que dejó la campaña de

Antonio. No me causó buena impresión. No tenía ni idea del tamaño de Partia hasta que medí las distancias entre las ciudades y villas que él encontró. Y el hombre que dibujó el itinerario dejó una nota de que nuestras legiones apenas penetraron un tercio de camino en la región, según sus fuentes. También registra grandes extensiones de desierto y muchos días entre los sitios donde se podía abreviar a hombres y caballos, y alimentarlos. Y luego estaba el enemigo: raramente se arriesgaban a entrar en combate directo, sino que iban hostigando todo el tiempo a nuestras columnas y eliminando patrullas y rezagados.

–Entonces roguemos a los dioses para que Córbulos no se sienta atraído por Partia..., que concentre su atención en Armenia y se proponga llevar a cabo las órdenes del emperador.

Cato dio un sorbo y bajó la vista hacia su vaso, haciendo girar suavemente el contenido.

–No sería el primer general romano tentado por la perspectiva de conseguir gloria en oriente.

–Y estoy seguro de que no sería el último, pero no podemos hacer gran cosa al respecto, muchacho. Yo sólo soy un centurión, y tú eres el tribuno que dirige su escolta. Estamos aquí para obedecer las órdenes del general, no para citar advertencias de polvorientos pergaminos en Roma. Dudo de que Córbulos mirase eso con demasiada amabilidad.

–Bueno, sí. Bastante... Ocurra lo que ocurra, sospecho que nuestro nuevo destino no será breve.

–Podré soportarlo. –Macro vació su vaso y se secó los labios con el dorso de su mano peluda–. Esta parte del mundo es cálida y cómoda, en su mayor parte. El vino es barato y las fulanas todavía son más baratas. –Miró de reojo hacia la puerta de la habitación de al lado–. Ejem... aunque no busco ese tipo de cosas, ahora mismo.

Cato sonrió.

–Centurión Macro, ¿qué ha sido de ti? Petronela te ha convertido en un hombre nuevo. Apenas te reconozco.

–Con todos los respetos, puedes irte a tomar por culo, señor. –Macro se echó hacia atrás y cruzó los gruesos brazos–. Soy el mismo soldado que he sido siempre, nada ha cambiado. Sólo tengo algunas canas en las

sienes, y unos pocos dolores aquí y allá. Pero todavía estoy en forma para una última campaña, si se prolonga tanto como temes.

–¿Última campaña? –Cato arqueó una ceja. Sabía que Macro llevaba más de veintiséis años sirviendo en las legiones. Podía pedir que lo licenciaran y tenía derecho a la gratificación correspondiente, si la quería. Pero Macro había declinado hacer la solicitud diciendo que el momento todavía no era el adecuado. Aún le quedaban unos cuantos años buenos como soldado por delante. Y Cato se alegraba mucho de ello. Tenía la necesidad casi supersticiosa de tener a Macro a su lado cuando marchaba a la guerra, y temía el día en que su amigo finalmente acabara desmovilizado y retirado en algún pueblucho somnoliento, mientras él se veía obligado a continuar su carrera solo. Hizo un esfuerzo por volver a centrar sus pensamientos.

–Me pregunto qué dirá Petronela de eso. Si esta campaña se prolonga, no se sentirá muy feliz de separarse de ti.

Macro se encogió de hombros.

–Es algo que tienes que aceptar, si te unes a un soldado.

–Muy considerado por tu parte, debo decir.

–Así es como son las cosas. Ella lo sabe y lo comprende.

–Entonces es una mujer estupenda de verdad.

–Sí, sí que lo es. –Macro vertió el vino que quedaba en sus vasos–. Y, cuando finalmente deje el ejército, me sentiría muy orgulloso de tenerla como esposa.

Cato sonrió ampliamente.

–Me preguntaba si lo habrías pensado.

–Lo hemos hablado. No podemos casarnos mientras yo esté de servicio, pero lo mínimo que puedo hacer es garantizarle una paga si algo me ocurre. He redactado un testamento. Sólo necesito un testigo... ¿No te importa, señor?

–¿Que si me importa? Lo haré encantado. –Cato levantó su vaso–. Por una larga y feliz vida juntos. Sujeta a las exigencias del servicio militar, claro.

Macro fingió que fruncía el ceño.